

**Intracity-**  
art públic i mediació social



**PUNTOS DE INTERÉS ARQUEOLÓGICO  
PARA FUTUROS OLVIDADOS**  
David Ferrando Giraut

## INTRODUCCIÓN. FUNDAMENTOS TEÓRICOS DEL PROYECTO

“Ese “más acá” (lo situado dentro de los límites de la ciudad) era, para los antiguos, el *mundo*. En el *mundo* podía habitar el ente investido de razón, de derecho, de lenguaje, de cultura. Más allá habitaban bárbaros, seres extraños, extranjeros, todavía en estado silvestre, sin formar, sin cultivar, sin ley. El *mundo* tenía, pues, en el *limes* su frontera, frontera entre razón y sinrazón, entre cultura y naturaleza, entre ley y selva. Más allá del *mundo* se hallaba el espacio bárbaro y extranjero en el cual la razón desvariaba y el lenguaje deliraba. En cierto modo el cercado imperial tenía un carácter insular en relación con esa tiniebla y oscuridad de lo asilvestrado y bárbaro. Todavía Kant podía evocar, en plena ilustración dieciochesca, esta topología o este mapa en relación con lo que puede ser conocido y pensado.

El *limes* participaba, por tanto, de lo racional y de lo irracional, de lo civilizado y de lo silvestre. Era un espacio *tenso* y *conflictivo* de mediación y de enlace. En él se juntaba y se separaba a la vez el espacio romano y el bárbaro. Actuaba a la vez como cópula y como disyunción. Era conjuntivo y disyuntivo.

El *limes*, por lo mismo, impedía que el espacio de la razón se cerrara en su propia inmanencia satisfecha y que el espacio de lo extranjero invadiera, sin razón y sin ley, sin *logos* y sin *nomos*, el cercado ganado a pulso por siglos de cultura y civilización.”

(Eugenio Trías, *Lógica del límite*)

Resulta sorprendente comprobar como, tras una veintena de siglos de evolución, con los cambios que se le suponen, los sentimientos que experimentamos al atravesar las zonas limítrofes entre la ciudad y el “exterior”, sean en buena medida similares a los descritos en el texto de Eugenio Trías sobre la concepción del *limes* en los tiempos del Imperio Romano.

Actualmente, sigue habiendo en la conciencia colectiva una tendencia a percibir las zonas de extrarradio como lugares inhóspitos e inseguros que es mejor no visitar en la medida de lo posible. Esto continúa sucediendo a pesar de que las circunstancias han cambiado, de que los espacios entre ciudades, ahora atravesados y “civilizados” por tupidas redes de carreteras, tienen menos de salvaje (aparentemente) que en la antigüedad, de que la “amenaza bárbara” (en sentido literal) ha desaparecido, y de que los intentos urbanísticos para cambiar esta realidad han sido frecuentes. En el siguiente texto podemos rastrear algunas

de las razones -quizás las más evidentes, pero no las únicas- de esta percepción de la periferia:

“Las periferias urbanas han ganado difícilmente su derecho a ser ciudad y a ser consideradas como parte de la ciudad y, aún así, como parte sufrida y pobre de lo urbano. Las periferias han sido lugar de crecimiento y expansión de la ciudad moderna y en este sentido han protagonizado experiencias renovadoras y brillantes, pero al mismo tiempo han servido de gueto para la segregación social, lugar de marginación y de infravivienda, emplazamiento para toda actividad no deseada, confusa o degradadora, vertedero de residuos, espacio siempre mal atendido y precariamente urbanizado, lugar de carencias, de falta de servicios, equipos o transportes. Los impresionantes crecimientos suburbanos que habían generado las grandes ciudades industriales a principio de siglo, ponían en evidencia este carácter marginal de lo periférico, carente de toda actitud formalizadora o preocupación paisajista.”<sup>1</sup>

Esta manera de percibir el extrarradio es la causante de que estas áreas sean evitadas por el grueso de la población, que las utiliza únicamente como zona de tránsito en su desplazamiento a otras ciudades, y casi nunca como zonas de asentamiento (exceptuando, como remarca el texto, asentamiento de grupos marginales o de edificaciones o espacios de otro tipo destinados a la realización de actividades que por su carácter molesto, contaminante o clandestino no tienen cabida en el interior de la ciudad).

Debido a su condición limítrofe, la fisonomía de la periferia urbana, compuesta por los últimos retazos de la ciudad (nudos de carreteras, talleres y naves industriales, últimos bloques de viviendas), en un entorno de veredas y descampados que aún se percibe “natural” (a pesar de su evidente degradación producida por la cercanía del tráfico y la industria), salpicados de elementos que remiten directamente a aquel carácter nómada (chabolas, asentamientos de índole provisional), tiende a producir cierta confusión acerca la actitud que debemos tomar con respecto al entorno: parece claro que las normas que en el centro de la ciudad se preocupan por mantener el orden y la limpieza se han relajado, aparentemente, hasta casi desaparecer; la cualidad “civilizada” de lo urbano se diluye aquí. Pero tampoco nos encontramos en un espacio lo suficientemente natural como para sentir lo que normalmente se entiende por “contacto con la naturaleza”, experiencia que generalmente nos produce una sensación edificante y nos hace adoptar una disposición de respeto por el entorno.

Este estatus de “tierra de nadie” ocasiona, por un lado, que la estancia en el extrarradio (cuando esta no tiene carácter de tránsito, como vimos anteriormente) se traduzca en una sensación de desubicación e inseguridad, que resulta evidente

---

<sup>1</sup> P. Arias Sierra, *Periferias y nueva ciudad. El problema del paisaje en los procesos de dispersión urbana*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2003. Pag. 13

cuando prescindimos del coche u otro medio de transporte para deambular a pié por estas zonas: comprobaremos así que el entorno se muestra amenazante, en cierto modo más *salvaje* que el paraje natural más agreste. Por otra parte, este carácter indeterminado ocasiona una actitud de descuido y falta de respeto hacia este tipo de lugares. Esto se relaciona con el hecho de que, como mencionamos antes, la periferia actúe como válvula de escape o “trastienda” de la ciudad, mecanismo que tiene su materialización más evidente en la cantidad de residuos que, originados de la vida de la urbe, se agolpan a ritmo vertiginoso en el extrarradio.

El paisaje producido por esta acumulación de residuos, una de las caras ocultas de la sociedad de consumo, se presenta como síntoma evidente de lo irracional de un modo de vida que se promociona a sí mismo como el más civilizado y racional. Personalmente veo en estas áreas una imagen del descontrol y la irracionalidad humana, y al mismo tiempo, una evidencia de la imposibilidad de luchar contra el deterioro.

Mientras que actualmente es fácil constatar un intento por mantener en los centros urbanos un proceso de renovación constante (mediante una arquitectura que no busca la permanencia, sino “un presente indefinidamente sustituible”, como apunta M. Augé en “El tiempo en ruinas), tratando de eliminar cualquier signo que remita al deterioro o a la ruina, en el extrarradio se acumula una cantidad cada vez mayor de desechos, originados del consumo descontrolado y de la incapacidad de gestionar sus residuos. Si en un porvenir hipotético un arqueólogo se afanase en buscar los restos de nuestro momento histórico y se encontrase con que los edificios construídos en este momento fueron sustituídos o remodelados, posiblemente debería desplazar su búsqueda del centro urbano a las zonas de emplazamiento de los antiguos vertederos y escombreras. Es probable que allí, bajo un manto no demasiado grueso de vegetación y tierra, su búsqueda encontrase un terreno mucho más fructífero.

Siguiendo en esta línea, referente a la expulsión del núcleo urbano de aquellos elementos que remitan a la decadencia, merece una mención especial -y supone la constatación definitiva de esta ocultación-, el tratamiento de la muerte en la ciudad contemporánea. Porque es un hecho que, progresivamente, se han ido eliminando de la ciudad todas aquellas instalaciones que nos hablan de la presencia de la muerte. Pensemos en ello un momento, y caeremos en la cuenta de que cementerios, tanatorios, mataderos y desguaces (los restos de los vehículos son en muchas ocasiones, además de residuos, vestigios de un accidente) se encuentran rara vez en el interior de la urbe. Todos estos lugares se sitúan actualmente en las cercanías de la ciudad, pero fuera de ella, en el extrarradio.

Las razones de ser de esta ocultación de la muerte en nuestra sociedad constituirían un capítulo demasiado amplio para ser tratado aquí en profundidad.

Valgan las siguientes palabras como pequeña ilustración de esta manera de percibir la muerte:

“En estos tiempo, estar muerto no es normal. Como ha señalado Baudrillard, la muerte es hoy una forma de delincuencia, una desviación, una anomalía impensable. Sólo la muerte violenta del espectáculo o el acontecimiento mediático tiene legitimidad simbólica: la muerte cotidiana es vergonzante. Ocultamos a los muertos como ocultamos a los enfermos y a los viejos; juzgamos el duelo como una patología que puede curarse, reducimos los rituales funerarios a caricaturas abreviadas y degradamos la arquitectura de la muerte hasta extremos desconocidos en nuestra cultura.”<sup>2</sup>

## **MOTIVACIÓN DEL PROYECTO, DESARROLLO Y ADECUACIÓN A LOS ESPACIOS PROPUESTOS**

El trabajo que pretendo realizar supone la continuación y epílogo a mi último proyecto “En la ruina”, del que adjunto catálogo. El proyecto se basaba en un acercamiento a la periferia urbana marcado por la visión expuesta en el texto introductorio. Esta visión se relacionaba a su vez con ciertos aspectos del romanticismo, en concreto con su visión trágica del paisaje y con el concepto de la ruina como evidencia de la imposibilidad de escapar a la decadencia.

En dicho proyecto se establecía un paralelismo entre las acumulaciones de desechos provenientes de los mecanismos de consumo y la ruina romántica. Un elemento clave que ayudaba a establecer tal paralelismo era la utilización de imágenes de vallas publicitarias “transformadas” que, contrariamente a lo que suele ocurrir con los mecanismos publicitarios / de consumo (que tienden a ocultar la realidad de un modo perversamente interesado) incidían en el carácter degradado, ruinoso y trágico de la periferia urbana.

A lo largo del período de realización de las fotografías que componían tal proyecto, la búsqueda de localizaciones me llevó a practicar numerosas incursiones por la periferia de Valencia. Esa vivencia –la deambulación, el recorrido por esos parajes en sí mismo- acabo teniendo un peso fundamental en el desarrollo del proyecto. Las siguientes palabras referidas al proyecto “Monuments of Passaic”, de Robert Smithson, pueden dar una idea del tipo de vivencia al que me refiero:

“(…) La periferia urbana es una metáfora de la periferia de la mente, de los despojos del pensamiento y de la cultura. En estos lugares, y no en la falsa naturaleza arcaica de los desiertos, sí es posible reformular nuevas preguntas y tantear nuevas respuestas. Smithson no huye de las contradicciones de la ciudad

---

<sup>2</sup> L. Fernández Galiano, *Memento mori*, en *Una arquitectura para la muerte. Actas del I Encuentro internacional sobre los cementerios contemporáneos*, Sevilla, Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía, 1993. Pag. 35.

contemporánea, sino que se introduce a pié en ellas, con una condición existencial a medio camino entre la del cazador paleolítico y la del arqueólogo de futuros olvidados” (Francesco Careri, *Walkscapes. El andar como práctica estética*).

Mediante mi propuesta para el certamen Intracity pretendo hacer hincapié en este aspecto de mi proyecto, el del recorrido, la deambulaci3n en busca de los espacios en los que adivinar lo que en la cita anterior se denomina “futuros olvidados”: me refiero a ese tipo de lugares inciertos en los que se acumulan los despojos de la vida urbana, y que en cierto modo remiten simultáneamente a un pasado n3mada y a un futuro apocalíptico; descampados, cementerios, desguaces, vertederos...

Se da la circunstancia de que durante mis caminatas, deambulé en diversas ocasiones por territorios pertenecientes a los ayuntamientos en los que se desarrolla esta convocatoria. En sus territorios intersticiales, resulta fácil encontrar amplias extensiones de terreno descuidado, de utilidad incierta y estatus indeterminado entre lo natural y lo “civilizado”. Me gustaría remarcar el descuido paisajístico/medioambiental que nos encontramos en excesivas ocasiones en estos espacios intersticiales, debido también en parte carácter periférico de estos ayuntamientos con respecto a una gran ciudad (Valencia, en este caso).

Mi intenci3n es completar mis recorridos por el área señalada con el fin de elaborar un mapa en el que, a la manera de los realizados por los situacionistas, o por R. Smithson en el trabajo anteriormente citado, se conjugue la fisionomía del espacio recorrido con aquellas imágenes recopiladas durante el trayecto (en mi caso imágenes referentes a esos lugares ...). Dicho mapa, a medio camino entre el mapa físico y el mapa mental, se realizaría tomando como modelo externo los mapas turísticos en los que normalmente se publicitan los lugares más relevantes de la ciudad, para, al igual que ocurría con las vallas publicitarias en mis fotografías anteriores, darle una utilidad inversa, dirigiendo los focos de atenci3n a esos lugares generalmente olvidados y, en ocasiones, intencionadamente ocultos.

La idea es realizar un único mapa en el que aparezcan todos los ayuntamientos de la convocatoria (o al menos aquellos en los que, debido al grupo en el que se encontrase mi proyecto, se vayan a repartir los mapas), del que se imprimiría una tirada de unos 600 ejemplares destinados a ser repartidos en lugares en los que los habitantes de cada una de las poblaciones participantes en el certamen pueda acceder a ellos de forma gratuita.

Valencia, Mayo de 2006